

Conflict, crisis y violencia

Conflict, Crises and Violence

Michel Wieviorka*

Recibido: 31 de octubre de 2023

Aceptado: 29 de noviembre de 2023

La violencia ha movilizado desde siempre a las humanidades y las ciencias sociales. Sin embargo, éstas han dejado en manos de otras competencias y conocimientos la reflexión sobre la prevención y la resolución de la violencia, que corresponde más bien a los miembros de las ONG, los diplomáticos, los juristas y los militares. Por eso, en 2016, escribí un artículo destinado a demostrar la utilidad de hacer de la prevención y la salida de la violencia un nuevo campo de investigación (Wieviorka, 2016). Desde este punto de vista, hay una cuestión que merece ser abordada y que se dejó de lado en su momento: el vínculo entre ambos campos, el análisis de la violencia y las posibles formas de salir de ella o de prevenirla.

Para examinar este vínculo, es necesario aclarar tres conceptos clave: crisis, violencia y conflicto. También es útil recordar los principales enfoques posibles de la violencia y, por último, examinar las respuestas que pueden utilizarse para evitarla o reducirla. Merecen especial atención las que pretenden conflictualizar o reconflictualizar problemas que suelen presentarse en términos de crisis y violencia.

Vivimos en un mundo en el que las palabras *crisis* y *violencia* parecen arrojar mucha más luz que el concepto de conflicto: crisis económica, financiera, social, política, geopolítica, etc.; violencia social, política, policial, racista, sexual, doméstica, etc., para las que existe un rico vocabulario: crimen, delincuencia, acoso, violación, feminicidio, terrorismo, entre otros; y, sin embargo, ¿qué mejor manera de minimizar la crisis y reducir la violencia que valorizando el conflicto institucionalizado?

En primer lugar, tenemos que dar a estas palabras un significado claro, sabiendo —como escribió Ludwig Wittgenstein— que el significado de una palabra está en el uso que se hace de ella en un contexto, que está en su uso.

Tres conceptos distintos: crisis, violencia y conflicto

La crisis

Hablar de crisis es describir lo que afecta a un sistema —o a un subsistema— cuando va mal, deja de funcionar correctamente o funciona mal. También significa considerar cómo,

* Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales (EHESS), Francia. Correo electrónico: <wiev@msh-paris.fr>.

en reacción a esta perturbación o mal funcionamiento, ciertos comportamientos aceleran o agravan la crisis, mientras que otros se esfuerzan por devolver el sistema o subsistema a su estado anterior, por muy míticas que sean las representaciones que se hacen de él. Algunos de estos comportamientos recurren a la violencia, que es una respuesta reactiva a la crisis. Una inmensa tradición de las ciencias sociales está desarrollando enfoques coherentes con esta perspectiva. Es el caso particular de los análisis de John Dollard, James C. Davies y Ted Robert Gurr, basados en la noción de *frustración*, posiblemente relativa, en consonancia con la observación de Alexis de Tocqueville en *El antiguo régimen y la revolución* de que “las partes de Francia que iban a ser el foco principal de esta revolución son precisamente aquellas en las que mejor se ve el progreso [...] parecería que los franceses encontraban su posición tanto más incómoda cuanto mejor era”.¹ La importancia de la noción de crisis en las ciencias sociales y políticas es tal que Edgar Morin (1976) propuso, en los años setenta, sistematizar la reflexión dentro de una nueva disciplina del saber, la “crisología”.

La violencia

La palabra violencia también abarca innumerables usos y, por tanto, un amplio abanico de significados. Aquí nos centraremos en la violencia política o social, no en la violencia “simbólica”, como la teoriza Pierre Bourdieu (1992). Siguiendo a Robert Castel, es una alienación que toma la forma de la interiorización por parte de los dominados de las categorías de los dominantes. Tampoco se trata de una violencia estatal, que, según Max Weber,² tiene el monopolio de su uso. La violencia que nos interesa no es esta violencia estatal, sino la que afecta a la integridad física o moral de una persona o grupo, y nos centraremos en sus formas sociopolíticas.

Como hemos dicho, la violencia puede ser reactiva, una respuesta a una crisis. Sin embargo, también puede —y esto es diferente, y no tiene nada que ver con la idea de crisis— ser instrumental, un recurso para conseguir fines. Es entonces una herramienta, que los actores utilizan de forma que quieren que sea racional, estratégica y calculada. La teoría *rational choice* y, sobre todo, la teoría de la movilización de recursos, cuyos orígenes se remontan al historiador y sociólogo Charles Tilly (1968, 1988), dan gran crédito a la idea de violencia instrumental.

Otras corrientes hacen hincapié en las fuentes culturales de la violencia y su impacto en la formación de la personalidad, inspirándose en particular en el estudio clásico de Theodor Adorno (Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, 1960) sobre la personalidad autoritaria o en la gran obra de Norbert Elias sobre la civilización (Elias, 1973, 1975). Por último, he propuesto analizar la violencia desde el ángulo de la pérdida de sentido, las

¹ Para más detalles sobre estos enfoques, así como los que se comentarán a continuación, puede consultarse Wieviorka, 2017.

² De hecho, una famosa frase de Max Weber, tomada de una conferencia sobre *El erudito y el político*, habla de un monopolio de la fuerza física legítima (*Monopol legitimer physischer Gewaltsamkeit*).

carencias del *sujeto*, el movimiento antisocial y los procesos de desubjetivación que la caracterizan (Wiewiorka, 2017). En algunos casos, la violencia pierde toda conexión con el significado o el contenido y se convierte en un fin en sí misma: la violencia por la violencia, la crueldad y el sadismo.

El conflicto

La palabra “conflicto” es tanto más digna de nuestra atención cuanto que a menudo se asocia a la idea de agitación, desorden y violencia. Quienes piensan así, y dan este tipo de significado a aquella palabra, sueñan generalmente con un mundo sin conflictos, apaciguado, unificado y, por tanto, con un mundo armonioso en el que todo sería orden y seguridad. La investigadora o el investigador en ciencias políticas no tienen por qué “amar” el conflicto, ni “odiarlo”, pero también está claro que nunca son totalmente neutrales, ajenos a su tema, capaces de una “neutralidad axiológica” que garantice una postura exclusivamente científica. Un ejemplo puede ilustrar este punto: inmediatamente después de mayo de 1968, en Francia, cuando, contrariamente a la creencia popular, aunque los protestantes quemaron algunos coches, nadie resultó muerto ni gravemente herido, y todos los investigadores en ciencias sociales del país elaboraron sus propios análisis. A grandes rasgos, había dos bandos. Por un lado, los sociólogos que podrían calificarse de progresistas, de izquierdas, y que habían estado a favor de la acción estudiantil y obrera, hablaban de movimiento, y por tanto de conflicto, sin exaltar nunca la violencia. Alain Touraine (1972) y Edgar Morin, Claude Lefort y Jean-Marc Coudray (1968) por ejemplo, analizaron con empatía lo que el primero llamó “el movimiento de mayo” y el segundo, junto con Claude Lefort y Cornelius Castoriadis, “la brecha” —en este caso una brecha cultural—. En el mismo contexto, en la derecha, Raymond Aron (1968), Raymond Boudon (1969) y Michel Crozier (1970) hablaron más bien de crisis o, en el mismo sentido, de una sociedad bloqueada (Crozier) o de una revolución “inencontrable” (Aron), aunque la revolución es una forma impresionante de crisis; Lenin, un maestro del arte, explicó que no son los actores los que son revolucionarios, sino la situación.

De hecho, en lugar de exigir una “neutralidad axiológica” que no existe —ni siquiera entre quienes se ocupan de la noción como Max Weber o Norbert Elias— es importante que el investigador defina su relación con su objeto, que lo piense bien para poder tomar cierta distancia y tratarlo con rigor.

La definición de conflicto que se adoptará aquí, considera en términos de relación lo que nos interesa: el conflicto social o político (dejaré de lado el que se da entre dos personas, en el seno de una pareja, por ejemplo). El conflicto es una *relación* entre actores de un mismo ámbito. No se trata de enemigos que quieren destruir al contrario, sino de adversarios que quieren controlar un asunto, reforzar su dominio, pero que no tienen intención de destruir a su adversario. Un ejemplo histórico puede ilustrar esta definición: cuando el movimiento obrero luchó contra los amos del trabajo, entabló una relación conflictiva

dentro de la cual se esfuerza por aumentar su influencia, o por imponer sus reivindicaciones mediante la presión, la huelga o la negociación. No se habla de matar a los patrones, ni de utilizar la violencia letal para acabar con los capitalistas (Touraine, Wiewiora y Dubet, 1984); y en ambos lados del conflicto social, los adversarios implicados reconocen que actúan para controlar la misma historicidad, cuyos grandes principios comparten, ya sea en el caso de la inversión, la confianza en la ciencia y el progreso, el modo de conocimiento o el modelo cultural. Los que dicen estar en guerra pretenden, en realidad, liquidar el conflicto aboliéndolo, eventualmente mediante comportamientos revolucionarios, insurreccionales o terroristas. Ya no quieren una relación, sino una disociación completa. Lewis Coser, inspirándose en Georg Simmel, adopta un enfoque funcionalista del conflicto similar al que aquí se propone (Coser, 1956; Simmel, 1992). El conflicto, en este sentido, permite la negociación y el compromiso, y forma parte de la vida democrática. Sus actores esperan una solución política e institucional a sus diferencias. En última instancia, el conflicto es lo contrario de la violencia. Cabe señalar que la sociología del conflicto está muy alejada del interaccionismo. Una cosa es pensar en el juego de interacciones que producen violencia en una situación dada, como propone Randall Collins (2008), por ejemplo, en su teoría microsociológica, y otra muy distinta analizar el significado, el contenido que se condensa en la violencia (Wiewiora, 2015).

Cada uno de los enfoques explicativos de la violencia esbozados anteriormente, merece ser tomado en cuenta, sin embargo, cada uno tiene también sus limitaciones y sus críticas. Dicho de otro modo, cada uno de ellos puede contribuir a arrojar más o menos luz sobre realidades concretas que, al combinar crisis, violencia y conflicto, pueden entrar ellas mismas en el ámbito de varios enfoques. Deben verse como herramientas analíticas que pueden proyectarse sobre los hechos para comprenderlos mejor y, a partir de ahí, plantear la cuestión de la posibilidad de conflictualizar o reconflictualizar los problemas que pueden verse desde el ángulo de la crisis o la violencia.

El espacio de la violencia

Volvamos pues a los enfoques propuestos para analizar la violencia. La violencia encuentra un espacio que se amplía cuando las crisis y las frustraciones se agudizan. Se despliega tanto más fácilmente cuanto que no hay mediadores, ni actores colectivos que puedan ayudar a transformar los problemas, las frustraciones y los sentimientos de frustración en reivindicaciones colectivas que puedan ser objeto de debate, discusión, negociación y compromiso. Y, por tanto, de conflicto. Este papel pueden desempeñarlo las asociaciones, las ONG, las organizaciones religiosas, los partidos políticos, los sindicatos y los intelectuales.

Cuando la violencia parece estar ligada a un tipo de personalidad, a la educación, a la familia, a una cultura dominada por la intolerancia y el autoritarismo, allí se ejerce tanto más fácilmente cuanto que no existe el tejido de organizaciones que permita tratar los problemas mediante el debate, la negociación y, por tanto, el reconocimiento democrático de un conflicto. Es fomentada por la cultura política que ha preparado el terreno, por así decirlo. Se recurre a la violencia porque parece no haber alternativa, porque se confía en última instancia en la fuerza para resolver problemas que una democracia resuelve de otra manera, porque el espíritu democrático no tiene cabida, o da la imagen de impotencia y fracaso. Así es como, por ejemplo, Alemania, tras la Primera Guerra Mundial, permitió que las fuerzas de la antide democracia y la violencia, moldeadas por un siglo de educación autoritaria y antisemita, prevalecieran sobre la frágil democracia de la República de Weimar, tesis que Adorno, en el texto antes evocado, formuló e ilustró de un modo más psicosocial que sociológico.

La violencia por la violencia, la crueldad y el sadismo son realidades que pueden observarse, entre otras cosas, en situaciones extremas en las que no existe ningún control ni regulación que los impida. Una vez más, son actos que nada tienen que ver con la más mínima negociación ni con la más ínfima gestión democrática de cualquier reivindicación. En una democracia, se evitan o minimizan mediante la represión y la vigilancia, que pueden dar una importancia considerable a los medios de comunicación, y a través de la amenaza de fuertes sanciones para sus autores.

Sin embargo, la violencia instrumental requiere otros análisis. A veces acompaña o prolonga una acción colectiva, dándole un cierto vigor, una capacidad de obtener resultados cuando la situación no autoriza en absoluto otros métodos y prohíbe la movilización de otros recursos. Desde este punto de vista, no es lo contrario del conflicto, sino una forma del mismo. Pero aferrarse a esta idea es malinterpretar las realidades concretas. Porque la violencia instrumental no puede ser duradera ni estable, y nunca está perfectamente controlada por quienes la utilizan. Se les escapa, se convierte en terrorismo, por ejemplo, pierde el contacto con sus significados iniciales. De hecho, siempre es probable que conduzca a una pérdida de significado. Este punto debe quedar claro.

Cuando, por ejemplo, lo que en la mente de un actor político debería ser una violencia limitada y controlada genera una respuesta del Estado, el vigor de la represión empuja al actor a pasar a un estadio superior de violencia para ser escuchado. Puede desarrollarse una espiral en la que el protagonista de la violencia se aísla progresivamente de la población a la que se refiere, que no le comprende. En un momento dado, el contenido que daba sentido a la violencia desaparece, quedando sólo el enfrentamiento entre el Estado represor y la protesta violenta. Los movimientos terroristas nacen a menudo en forma de acciones limitadas, controladas, instrumentales, para acabar en excesos delirantes cuando no son interrumpidos por la represión o, en raros casos, por la decisión de los implicados de disolverse. Los mismos terroristas italianos que entrevisté afirmaron al principio que nunca

DOSIER

utilizarían armas de fuego.³ Luego, unos años más tarde, estaban “atascando” (disparando deliberadamente a las rodillas) y matando. Los populistas rusos que tanto impresionaron a Albert Camus (1951)⁴ empezaron queriendo “ir al pueblo”, unirse a los campesinos, compartir su experiencia y contribuir a su despertar político. Algunos de ellos acabaron en la violencia extrema y el terrorismo.

De hecho, la violencia instrumental sólo puede complementar realmente el conflicto de forma temporal, en determinados momentos. En cuanto el conflicto dura, da paso a la lógica de la ruptura, la pérdida de sentido y la inversión. Las promesas iniciales de justicia, emancipación, igualdad y fraternidad de los manifestantes se transforman en retórica de odio, guerra y barbarie. Una vez que deja de ser instrumental, la violencia es, en última instancia, lo contrario del conflicto.

Del análisis de la violencia a la acción para salir de ella

La distinción entre crisis, conflicto y violencia plantea una cuestión decisiva: para evitar o minimizar la violencia, para prevenirla, para salir de ella, ¿hasta qué punto es posible redescubrir o encontrar, o incluso inventar el conflicto, en el sentido que aquí se da a esta palabra, y actuar contra todo lo que se engloba bajo el epígrafe de crisis e incapacidad de construir debate, negociación y compromiso?

En la práctica, nada es sencillo, porque crisis y conflicto se entrecruzan y chocan constantemente, y la violencia instrumental, aunque sea insostenible, puede en ciertos casos, como acabamos de ver, o en ciertos momentos, permitir a un actor atrapado en un conflicto mejorar sus posiciones. Una misma organización que recurre a la violencia puede combinar todas las dimensiones que acabamos de distinguir de forma más o menos variable a lo largo del tiempo, actuar de forma reactiva en respuesta a acontecimientos imprevistos o a una crisis económica o política brutal, ser capaz de estrategia (violencia instrumental), contar con auténticos sádicos entre sus miembros, etc.

La violencia nunca es una realidad estable, y su posible instrumentalidad cede rápidamente el paso a otras lógicas, con la consiguiente pérdida de sentido. Tomemos un ejemplo para ilustrar este punto. A principios de la década de 1970, cuando el todavía joven movimiento vasco ETA recurrió a una violencia relativamente limitada y controlada contra el régimen de Franco, con pretensiones instrumentales, esta violencia podía muy bien ser comprendida y aceptada, incluso por algunos de los que en la sociedad rechazaban el uso de la violencia. La población vasca, en España y fuera de ella, se mostró comprensiva cuando

³ Véase Wieviorka (1984a) sobre la experiencia del terrorismo italiano de extrema izquierda, así como la de ETA.

⁴ Sobre la experiencia populista rusa en su conjunto, véase Venturi (1973).

ETA asesinó en San Sebastián, a finales de los años sesenta, a un policía franquista conocido por su sadismo y sus actos de tortura. O cuando uno de sus comandos asesinó en 1974 al almirante Carrero Blanco, que era el único alto cargo capaz de prolongar la existencia de la dictadura en el momento de la muerte del Caudillo. Su muerte creó condiciones favorables para la transición a la democracia que siguió. Sin embargo, cuando, unos años más tarde, la misma organización de lucha armada ejecutaba a uno de sus miembros por una disputa política Pertur (Wiewiorka, 1984b) —o ponía una bomba en un supermercado— la acción ya no tenía nada que ver con la democracia. La violencia ha pasado de ser instrumental a estar cargada de pérdida de sentido.

En general, cuanto más institucionalizado está el conflicto en un amplio espacio, permitiendo a los actores sociales oponerse entre sí, aunque sea con gran vigor, menos espacio hay para la violencia. La historia de los grandes movimientos sociales lo demuestra claramente. Por ejemplo, cuando el movimiento obrero emergente, hacia finales del siglo XIX —o simétricamente en su fase de declive histórico, como es el caso hoy en día—, es débil, poco poderoso y muy ideologizado, deja mucho más espacio a la violencia que cuando una socialdemocracia bien establecida ocupa el terreno, como fue el caso en muchos países en el siglo XX. El terrorismo de la extrema izquierda que pretendía formar parte del movimiento obrero fue fuerte en sus inicios, bajo formas anarquistas, y en los años setenta, con las Brigadas Rojas en Italia, por ejemplo. Las prácticas de sabotaje y cierta rabia social en las empresas también fueron más virulentas al principio y al final de la trayectoria del movimiento obrero en varios países.

Si queremos minimizar o prevenir la violencia, la primera conclusión que hay que sacar es que, en lugar de reprimir, prohibir, o en cualquier caso impedir que se desarrollen los conflictos sociales, es mejor fomentar que se desarrollen, democráticamente por supuesto.

Cuando un conflicto ha adoptado la forma de violencia, por ejemplo con la guerra de guerrillas, hay que sacar una segunda conclusión: sólo se puede poner fin a la violencia reconociendo al menos sus vínculos iniciales con un conflicto y, por tanto, reconociendo el propio conflicto. Esto significa que los enemigos deben convertirse en adversarios, que deben dejar de intentar destruirse mutuamente y encontrar en su lugar un *modus vivendi* en el que el conflicto permanezca, los actores se reconozcan, pero sin violencia. Los jugadores son incapaces de encontrar este camino por sí solos. Se odian, se acusan mutuamente de los peores horrores, ven al enemigo como un bárbaro, un mentiroso y, en definitiva, hacen todo lo posible por deshumanizarlo, animalizarlo y cosificarlo, tal y como hicieron los estadounidenses cuando entraron en guerra en el Pacífico, al referirse a los japoneses, y los japoneses al referirse a los estadounidenses —tal y como recoge el libro de John Dower, *War without Mercy. Race and Power in the Pacific War* (1986). De ahí la importancia de la mediación y de los mediadores, que crean las condiciones para reunir a la gente, enseñándoles a conocerse, a hablar entre sí, a verse como seres humanos. Algunos países se han especializado en la mediación, en particular Noruega, al igual que varias ONG. La reciente experiencia de

Colombia, con las negociaciones entre la guerrilla de las FARC y el gobierno bajo la égida primero de Noruega y luego de Cuba, presentó, entre otras cosas, un punto esencial: los responsables de la guerrilla no iban a desaparecer como actores, sino que iban a pasar de la clandestinidad y la ilegalidad a la vida institucional. Los acuerdos preveían que tendrían un acceso privilegiado, incluso reservado, a la política legal y al Parlamento. El conflicto no se negaba ni se ocultaba, sino que se institucionalizaba, se reconocía a los actores y se les garantizaba un cierto número de diputados, a cambio de lo cual se comprometían a deponer las armas (Le Bot, 2021). En algunos casos, esfuerzos como estos tienen éxito, acompañados de una política de justicia transicional, como ha sido el caso, con altibajos, en Colombia desde los Acuerdos de paz de 2014. En otros, la crisis y la violencia prevalecen, por diversas razones, y arruinan los esfuerzos de paz, como ocurrió, por ejemplo, con los Acuerdos de Oslo entre palestinos e israelíes, que inicialmente suscitaron inmensas esperanzas en 1993, antes de verse truncados por el asesinato en 1995, a manos de un ultranacionalista israelí, del primer ministro Isaac Rabin, quien encarnaba los acuerdos.

Inventar el proceso que permita al autor de la violencia no aceptar dejar de serlo, no abandonar la lucha, sino convertirse en un autor no violento, movilizarse democráticamente, significa preservar el sentido del conflicto al tiempo que se aleja el espectro de la violencia. A menudo creemos que para acabar con la violencia hay que acabar con el conflicto que la originó, o que le da forma, aunque sea pervirtiéndolo. En la jerga de las organizaciones internacionales, se habla incluso de “resolución de conflictos”, con la idea de que el reto consiste en poner fin a estos que han tomado forma violenta. En realidad, hay que abandonar este paradigma, y pensar ante todo en las posibilidades de revitalizar el conflicto para sacarlo de la violencia, o impedir que prospere.

Lo que aquí se dice se aplica sobre todo a los conflictos sociales y políticos, pero también podría aplicarse a la guerra. Sabemos que para Clausewitz, el gran pensador sobre la guerra, ésta es la prolongación de la política por otros medios: poner fin a una guerra es precisamente encontrar el camino de vuelta a la política, o a la geopolítica. Esto nunca es fácil, dado que las grandes disputas históricas generan rupturas, malentendidos y odios sin matices ni retorno, y dado que el nacionalismo o la religión, en el corazón de muchas guerras, dificultan el compromiso, que entonces se percibe como una concesión o una traición.

Cuando una experiencia de violencia es ante todo instrumental, lo que puede ocurrir como hemos visto, es posible prever una salida racional: si los protagonistas de la violencia se dan cuenta de que ese recurso es más costoso que beneficioso para su causa, lo abandonarán sin pensárselo dos veces, aunque tengan que embarcarse en un proceso largo y delicado. En una entrevista concedida a la revista *Violence: an international Journal*, Josu Urrutikoetxea, dirigente vasco de ETA que fue un actor decisivo en el proceso que llevó a la organización a dejar las armas a principios de la década de 2000 y a renunciar públicamente a la lucha armada, deja claro que no reniega en absoluto del significado de sus compromisos

pasados, tanto nacionales como sociales, vascos y de izquierdas. Su valoración de la violencia no es ética o moral, sino política: no es, o ha dejado de ser, un instrumento eficaz en su lucha, al contrario, de ahí la necesidad estratégica, a su juicio, de abandonarla (Urrutikoe-txea, Wieviorka y Lacoste, 2022).

Cuando una experiencia de violencia está dominada por la crisis, no tiene sentido esperar mucho de un improbable proceso de negociación entre los actores para resolverla. Mientras la crisis siga sin resolverse, el espacio para la violencia seguirá abierto. Si es posible ayudar a la conflictualización de la cuestión, hacer que los actores surjan o, si existen, se fortalezcan y se reconozcan en un conflicto, cabe esperar mejoras. Pero lo más tentador, sobre todo para las autoridades implicadas en la lucha contra un actor violento, es el aumento o la acentuación del uso de la represión y la coacción. Esto no permite que surja un conflicto institucionalizable y, por lo tanto, no resuelve los problemas.

Todo lo que tiene que ver con la cultura y la formación de la personalidad en una experiencia de violencia es un problema a largo plazo: los actores han estado forjando su identidad cultural y psicológica muchos años antes del momento de la acción, en la educación, la familia y la socialización primaria. Nunca es una pérdida de tiempo pensar en lo que podría ser una educación democrática, o en cómo la socialización podría fomentar personalidades democráticas. Pero hay una distancia tan considerable entre el momento en que se practica la violencia y las condiciones remotas que hicieron posible su aparición o crecimiento, que tenemos que admitir que una explicación culturalista y psicológica, por muy pertinente que sea, no conduce a métodos eficaces a corto plazo.

Los análisis que se centran en los procesos por los que la violencia pierde significado, hacen hincapié en la subjetividad de los actores implicados; estos están más o menos comprometidos con el proceso de desubjetivación y recarga de sentido ideológico o religioso, y cuanto más avanzado está este proceso, menos probable es que acepten la lógica del conflicto institucionalizado. Cuando el proceso no está muy avanzado, los esfuerzos pueden tener éxito; es el caso de ciertos experimentos llamados de “desradicalización”, en los que los poderes públicos, en Dinamarca por ejemplo, movilizan a líderes religiosos musulmanes legalistas y respetuosos de los valores democráticos, para resocializar a los islamistas radicalizados. Pero llega un momento en que se sobrepasa el punto de retorno, y la única respuesta posible a la violencia extrema es, una vez más, la represión. Los actores que han llegado muy lejos en la violencia extrema no pueden volver atrás; el único resultado posible es la muerte, el fracaso. Lo mismo ocurre cuando se trata de violencia sádica, cruel, la violencia por la violencia. También en este caso, el conflicto institucional está descartado; sólo la muerte o el fracaso pueden poner fin a la experiencia en cuestión.

Por lo tanto, *no existe un único camino*, ni una única solución a los retos de prevenir y salir de la violencia. Todo lo que conduce al conflicto, y a su institucionalización, es un camino que debe favorecerse en democracia, pero no siempre es posible tomarlo, ni siquiera preverlo.

Sin embargo, debemos evitar ser ingenuos. Salir de la crisis y de la violencia a través del conflicto institucionalizado es inaugurar una nueva etapa, no volver al estado *ex ante*. La violencia deja huellas, recuerdos y traumas; no sólo ha alterado las relaciones previas entre los seres humanos, sino también el escenario físico en el que estas relaciones se desarrollaban. Si un pueblo ha sido borrado del mapa, algunos de sus habitantes asesinados, otros obligados a huir, poner fin a la violencia, reabrir el espacio para la vida democrática y el Estado de derecho, y la perspectiva de inventar, o redescubrir, finalmente, el conflicto no violento no puede lograrse *in situ*, en ese pueblo. Puede que incluso a quienes intentan volver, reconstruir la aldea, les resulte más difícil entrar en la nueva era, evitar vivir en el pasado, que a quienes toman otras decisiones, como trasladarse a una gran ciudad y reconstruir una nueva existencia. Pensar en términos de conflicto, y no de crisis, significa reconocer que el reto no puede consistir en volver a un pasado inalterado.

Esto lleva a una última consecuencia: salir de la violencia social o política, cuando ésta ha durado cierto tiempo y ha sido de cierta intensidad, al valorar el conflicto, puede no relacionarse con él tal como existía antes de la violencia, sino con uno nuevo o renovado, en sus significados, sus temas, sus actores y sus relaciones. No todo el mundo está destinado a ser parte en un conflicto, y los que lo eran ayer no necesariamente lo serán mañana. Lo importante, en definitiva, es el principio de que, cuando surgen los problemas, es preferible abordarlos mediante la negociación, el compromiso y el diálogo, sin negarlos ni descalificar a ninguna de las partes implicadas, y, por tanto, mediante el conflicto, en lugar de permitir que la crisis prospere, se agrave y desemboque en violencia.

Sobre el autor

MICHEL WIEVORKA es doctor en Sociología y en Ciencias de las organizaciones; fue presidente de la junta directiva de la Fondation Maison des Sciences de l'Homme de 2015 al 2020; es, desde 1989, decano de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) y presidente y fundador de la Association Collège d'Etudes Mondiales de Paris (ACEMP). Fue presidente de la Asociación Internacional de Sociología (2006-2010) y dirigió el Centro de Análisis de Intervención Sociológica (CADIS), de 1993 al 2009. Sus principales trabajos abordan temas relativos a la violencia, el racismo, el terrorismo, la diferencia cultural y los conflictos contemporáneos. Entre sus obras recientes se encuentran: *Alors Monsieur Macron, heureux ?* (2022) París: Éditions Rue de Seine; (con Josu Urrutikoetxea y Thomas Lacoste) “Lecciones aprendidas de un proceso de negociación imperfecto” (2022) *Violence: an International Journal*, II(3); *Pour une démocratie de combat* (2020) París: Robert Laffont.

Referencias bibliográficas

Adorno, Theodor; Frenkel-Brunswik, Else; Levinson, Daniel J. y Nevitt Sanford (1960) [1950] *La personalidad autoritaria*. Nueva York: Harper.

Aron, Raymond (1968) *La Révolution introuvable. Réflexions sur les évènements de mai*. París: Fayard.

Boudon, Raymond (1969) “La crise universitaire française : essai de diagnostic sociologique” *Les Annales*, 24(3): 738-764.

Camus, Albert (1951) *L'homme révolté*. París: Gallimard.

Collins, Randall (2008) *Violence: a Micro-sociological Theory*. Princeton: Princeton University Press.

Coser, Lewis (1956) *The Functions of social Conflict*. Glencoe: The Tree Press.

Crozier, Michel (1970) *La société bloquée*. París: éd. du Seuil.

Dower, John (1986) *War without Mercy. Race and Power in the Pacific War*. Nueva York: Pantheon.

Elias, Norbert (1973) [1939] *La Civilisation des mœurs*. París: Calmann-Lévy.

Elias, Norbert (1975) [1939] *La dynamique de l'Occident*. París: Calmann-Lévy.

Le Bot, Yvon (2021) *Sortir de la violence*. París: Rue de Seine.

Morin, Edgar (1976) “La notion de crise” *Comunicaciones* (25): 149-163.

Morin, Edgar; Lefort, Claude y Jean-Marc Coudray (1968) *La brèche, : premières réflexions sur les évènements*. París: Fayard.

Pierre Bourdieu (1992) *Réponses, pour une anthropologie réflexive*. París: Le Seuil.

Simmel, Georg (1992) [1923] *Le Conflit*. Saulxure: Circé.

DOSIER

Tilly, Charles (1968) *From Mobilization to Revolution*, Reading. Massachusetts: Addison-Wesley.

Tilly, Charles (1988) "Mouvements sociaux et action politique. Existe-t-il une théorie de la mobilisation des ressources" *Revue Française de Sociologie*, 29(4): 593-619.

Touraine, Alain (1972) *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*. París: éd. du Seuil.

Touraine, Alain; Wieviorka, Michel y François Dubet (1984) *Le mouvement ouvrier*. París: Fayard.

Urrutikoetxea, Josu; Wieviorka, Michel y Thomas Lacoste (2022) "Lecciones aprendidas de un proceso de negociación imperfecto" *Violence: an International Journal*, II(3): 301-335.

Venturi, Franco (1973) *Les intellectuels, le peuple et la révolution*. París: Gallimard.

Wieviorka, Michel (1984a) *Sociétés et terrorisme*. París: Fayard.

Wieviorka, Michel (1984b) "Vie et mort de Pertur, militant basque" *Passé-Présent* (3): 183-199.

Wieviorka, Michel (2015) *Retour au sens*. París: ed. Robert Laffont.

Wieviorka, Michel (2016) "Salir de la violencia. Una obra pendiente par las ciencias humanas y sociales" *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(226).

Wieviorka, Michel (2017) *La Violencia*. Buenos Aires: Prometeo Libros.